

LOS TRABAJOS CARTOGRÁFICOS DE FINALES DEL SIGLO XIX ANTE LA CRÍTICA MORDAZ DE ANTONIO DE VALBUENA

Por *Aurelio Valladares Reguero*
Consejero Supernumerario del I.E.G.

RESUMEN

En el presente trabajo se hace un análisis de los *Ripios geográficos* de Antonio de Valbuena (1844-1929), periodista y escritor famoso en su tiempo, sobre todo, por sus afiladas críticas y por las sonadas polémicas que mantuvo con muchos de los principales personajes del momento.

En dicha obra hace un recorrido por distintas publicaciones de carácter geográfico (muy particularmente en el campo de la cartografía), llevadas a cabo tanto por organismos oficiales como por entidades y personas particulares, en las que apunta una buena colección de errores, expuestos con su ingenio e ironía habituales. Pocos son los que se salvan de la censura valbuenesca, entre ellos el ilustre cartógrafo jiennense Francisco Coello, al que se refiere indirectamente en alguna ocasión y siempre en tono de respeto y admiración.

INTRODUCCIÓN

AL recibir la invitación para participar en la presente publicación, dentro de las actividades organizadas con motivo del centenario de la muerte de Francisco Coello, sentí la necesidad de aportar mi grano de arena a tal evento, aun siendo consciente de las dificultades, dado que el campo

de referencia no es coincidente con mi especialidad. Pero, incluso así, había que intentarlo, ya que la ocasión lo requería. He lamentado algunas veces que efemérides similares, con ilustres jiennenses de protagonistas, han pasado con más pena que gloria. Permítaseme el recuerdo de dos muy recientes.

El pasado 22 de septiembre de 1996 se cumplían cien años del nacimiento en Jaén del genial humorista Antonio de Lara Gavilán «Tono», hecho que se saldó con un artículo bio-bibliográfico que redacté para la edición de ese día del diario *Jaén*, donde también apareció –no sé si a instancias de una sugerencia mía remitida por carta– una nota dirigida a toda la ciudadanía jiennense por su alcalde don Alfonso Sánchez Herrera. Nada más –que yo sepa– se hizo. Hubo que esperar dos años (9-12 de febrero de 1998) para que la Universidad Popular Municipal de la ciudad organizara unas «I Jornadas Jiennenses de Humor», con la figura de Tono al fondo, donde tomaron parte prestigiosos escritores y humoristas.

Algo similar ocurrió con el centenario de la muerte (primeros de noviembre de 1596/1996) del polifacético santistebeño Juan Pérez de Moya. Esta vez con la suficiente antelación, concretamente el 28 de enero de 1996 (festividad de Santo Tomás de Aquino), se le hizo un homenaje en el Instituto de Bachillerato «Virgen del Carmen» de la capital, que culminó con una publicación coordinada por el catedrático de dicho centro Juan Moreno Uclés. También tuvo un recuerdo para el autor el cronista de su pueblo natal, Francisco Olivares Barragán, quien incluyó un breve artículo biográfico en el «Programa de Fiestas» de ese año. Y por mi parte, a finales del verano concluía un trabajo bio-bibliográfico sobre Pérez de Moya que aparecería a comienzos de 1997 en el *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*. Tampoco ha sido gran cosa, si tenemos en cuenta la importancia del personaje. Bien es cierto que la Universidad de Jaén no ha querido desaprovechar la celebración de las «VIII Jornadas Andaluzas de Educación Matemática» (10-13 de septiembre de 1998), que en esta ocasión le ha correspondido organizar, y tiene previsto dedicar una atención especial al célebre matemático.

Como se ve, el otoño de 1996 en Jaén y provincia no fue precisamente muy pródigo en actos conmemorativos (u otro tipo de actividades) con motivo de los dos centenarios referidos, si bien posteriormente –y por fortuna– se ha tratado, en cierta forma, de poner en marcha lo que entonces no se hizo. Hay fundadas esperanzas de que con el ilustre geógrafo Francisco Coello se van a hacer las cosas a su tiempo, circunstancia por la que deben

ser felicitados los organizadores de este centenario; así como la Universidad de Jaén, que recientemente ha tenido a bien dar el nombre de este reconocido jiennense a uno de los edificios que conforman su moderno campus universitario.

Éstas son, pues, las razones que me han llevado a intentar, aunque sea de forma muy modesta, la presente colaboración.

La verdad es que en principio tenía previsto hacer algo similar a lo que dos años antes realicé con Pérez de Moya, completando en este caso los valiosos datos recogidos por Caballero Venzalá en el el tomo II de su *Diccionario*. Llevaba, incluso, reunidas ya bastantes fichas. Sin embargo, la noticia de que personas especializadas en la materia tenían previsto presentar a esta publicación trabajos de similares características, me hizo cambiar el plan y buscar otros posibles temas. Y fue en estas consideraciones cuando me vino a la mente un libro de mi paisano leonés Antonio de Valbuena, en el que recoge un conjunto de artículos (varios de ellos publicados con anterioridad en distintos periódicos y revistas), contra algunos trabajos cartográficos llevados a cabo por organismos oficiales a finales del pasado siglo, así como otras publicaciones de autores concretos. Es una visión –como luego se comprobará– un tanto parcial de los hechos, pero no por ello carente de interés, con lo que se puede asegurar que contribuye en buen grado a conocer mejor el contexto en que se desarrolló la principal actividad de nuestro personaje homenajeado. Debo adelantar, a este respecto, que Francisco Coello no fue blanco de los punzantes dardos de Valbuena, si bien no faltan referencias a él, a quien, por cierto, trata siempre con mucho respeto e incluso le sirve como ejemplo *ad contrarium* para poner en entredicho las actuaciones en este campo de otros importantes y famosos personajes e instituciones del momento, a los que dedica toda suerte de improperios.

El libro en cuestión, que lleva por título *Ripios geográficos*, fue publicado en Madrid (1905) por la Librería General de Victoriano Suárez, la misma que dio a la estampa otras obras del autor. Es uno de sus populares «Ripios», fórmula que le sirvió para lanzar las más acerbas y mordaces críticas contra diferentes aspectos de la sociedad española de su tiempo, circunstancia que conllevó un sinnúmero de polémicas, que, aunque le ocasionaron más de un disgusto, contribuyeron eficazmente a extender su fama. Dentro de estas recopilaciones, algunas de ellas muy exitosas, encontramos las siguientes: *Ripios aristocráticos* (contra los aristócratas advenedizos), *Ri-*

pios académicos (contra escritores de la Academia: Menéndez Pelayo, Valera, Núñez de Arce...), *Ripios vulgares* (contra los poetas vulgares) y *Ripios ultramarinos* (contra los escritores del otro lado del Atlántico).

En la obra que ahora nos va a ocupar aflora lo más genuino del periodista leonés (porque fundamentalmente fue periodista), que, anclado en su férrea posición conservadora y tradicionalista, arremetió, sin dejar títere con cabeza, contra los trabajos cartográficos de su época, justo cuando se produce una auténtica explosión de esta disciplina, no sólo a nivel particular y académico, sino también a nivel oficial, con la creación a tal efecto de diversos organismos (1). Precisamente éstos van a ser el objetivo satírico de Valbuena. Y todo ello por una razón fundamental: lo que costaban a las arcas públicas, es decir, a todos los contribuyentes. Partiendo de esta constatación, sus críticas se dirigirán a señalar los múltiples errores y omisiones de los mapas oficiales que por entonces se publicaban con dinero de todos los españoles. Podrá argüirse que en muchas ocasiones se trata de simples erratas de texto, pero no ocurre así en otros muchos casos. Lógicamente, gran parte de sus correcciones se refieren a la zona norte de España y, en especial, a la provincia de León, ya que es la que mejor conocía. Pero no faltan los ejemplos de otras zonas (veremos alguna relativa a Jaén), todo lo cual revela la vasta cultura de Valbuena, así como el rigor de sus análisis. Otra cosa muy diferente son las formas, que, tanto entonces como ahora, se hacen a veces muy difíciles de compartir.

En fin, los *Ripios geográficos* nos ofrece una visión muy particular, no exenta de parcialidad, pero al mismo tiempo con notables rasgos de interés para conocer mejor uno de los aspectos más importantes de la cultura de finales del pasado siglo, donde tuvo un papel destacado el jiennense Francisco Coello, personaje central de la presente publicación.

(1) Es bien ilustrativa a este respecto la «Memoria» (casualmente referida al año de la muerte de F. Coello) elaborada por Ricardo Beltrán y Rózpide *La Geografía en 1898. Amplio concepto de la Geografía en nuestros días. La Sociedad Geográfica y las colonias españolas... Memoria leída el día 6 de junio de 1899 en la Junta General de la Sociedad Geográfica de Madrid* (Madrid, Establecimiento Tipográfico de Fortanet, 1899), a la que seguiría la correspondiente a 1904. Y puede complementarse con el estudio de Miguel Alonso Baquer *Aportación militar a la cartografía española en la historia contemporánea* (Madrid, C.S.I.C., 1972) o, más recientemente, con la visión de conjunto que ofrece el trabajo de Joaquín Bosque Maurel «La Geografía española moderna anterior a la Guerra Civil (1870-1936)», recogido en su libro *Geografía y Geógrafos en la España Contemporánea* (Universidad de Granada, 1992, págs. 13-45).

I. EL AUTOR

Como paso previo al estudio de la referida obra, considero procedente, en orden a una comprensión más precisa de su alcance significativo, apuntar –al menos– unas breves notas bio-bibliográficas sobre el autor, figura singular en el panorama literario y periodístico español de finales del pasado siglo y comienzos del presente (2), cuya satírica pluma le granjeó numerosos seguidores y partidarios, pero también no pocos enemigos.

Antonio de Valbuena Gutiérrez nació el 29 de octubre de 1844 en Pedrosa del Rey, un pueblo de la montaña leonesa desaparecido hace pocos años bajo las aguas del pantano de Riaño. Realizó estudios eclesiásticos en el Seminario de León, que abandonó cuando estaba a punto de ser ordenado sacerdote. Ya por entonces habían comenzado sus colaboraciones literarias en diversos rotativos leoneses, que posteriormente continuaría en la prensa de Madrid, ciudad a la que se traslada en 1867 para cursar Leyes, estudios que prosigue en la Universidad Libre de Vitoria, donde en 1870 obtiene la licenciatura en Derecho Civil y Canónico, título que luego convalidaría en la Universidad de Oviedo (1886).

Su retirada de la carrera sacerdotal no supuso un cambio radical en su vida, ya que, aparte de permanecer como soltero, la religiosidad continuó siendo referente inexcusable; incluso llegando hasta límites de la más pura intransigencia. Desde muy pronto quedaron fijados los rasgos de su personalidad: tradicionalista, ultracatólico, acérrimo enemigo del liberalismo, firme baluarte de la causa carlista, visión maniquea de la sociedad y, por lo que aquí nos importa más, incansable fustigador, con su fácil pluma, de todo aquello que contravenía sus principios ideológicos, religiosos, sociales o estéticos.

(2) A pesar de la popularidad de que gozó en su momento, no es muy amplia la atención que posteriormente se le ha concedido. Cabe resaltar, no obstante, los meritorios estudios de Simona Fernández Fernández (nacida en el mismo pueblo del autor), iniciados con su Memoria de Licenciatura, presentada en la Universidad de Oviedo (5-VII-1975), y proseguidos, junto a su esposo Joaquín Serrano Serrano, en dos artículos publicados en *Tierras de León* (núm. 42, 1981; núms. 81-82, 1991), revista en la que también han aparecido dos trabajos de Jean-François Botrel (núm. 14, 1971; núm. 55, 1984), a los que debe añadirse otro más reciente en *Bulletin Hispanique* (1994, núm. 2). Para un primer acercamiento a la vida y obra de Valbuena puede servir el amplio capítulo que le dedica Francisco Martínez García en su *Historia de la Literatura Leonesa* (León, Everest, 1982, págs. 404-421). Incluso no es desdeñable, aun con las limitaciones del caso, el artículo insertado en la Enciclopedia «Espasa» (T. 66, págs. 453-454).

Para todo ello encontró en el periodismo, donde firmaba con distintos seudónimos, la vía eficaz para su propósito. Fundó y dirigió varios periódicos en los lugares por los que pasó (León, Vitoria, Bilbao, Madrid...), tarea a la que hay que añadir sus continuas colaboraciones en otros medios informativos, incluso algunos bastante alejados de su ideología. Su sátira encontraba fácil blanco en cualquier sector de la sociedad: políticos, aristócratas, escritores... Se opuso con contundencia a la política de su tiempo: lo mismo criticó la «Desamortización» y la «Gloriosa» (3) que ridiculizó las figuras de Amadeo de Saboya y Alfonso XII. Con sus escritos trató de hacer lo que no pudo conseguir como parlamentario, tras dos fracasados intentos de ser elegido diputado por los distritos de Villafranca del Bierzo y Sahagún, respectivamente, que si bien pertenecían a su provincia natal, había sido nula su relación con ellos. Pero, como «donde las dan, las toman», según reza el conocido refrán, no le faltaron las críticas y los sinsabores. Es más, durante los primeros años de su intensa actividad se vio obligado, en dos ocasiones, a sendos exilios temporales.

Sin duda alguna lo más genuino de su obra periodístico-literaria fue el conjunto de sus célebres ripios, fórmula en la que desplegó lo mejor de su talento y que le venía como anillo al dedo para todo tipo de críticas y sátiras. Comenzó en 1883 con los *Ripios aristocráticos*, aparecidos en el diario madrileño *El Progreso* y elogiosamente recibidos por Leopoldo Alas «Clarín» (4), autor tan famoso como ideológicamente distante de Valbuena. Y a ellos seguirían los de las restantes series: *Académicos*, *Vulgares*, *Ultramarinos* y *Geográficos* (5). Se sabe, además, que tenía preparado unos *Ripios eclesiásticos*, cuya publicación fue impedida por la censura, así como unos *Ripios mezclados*, también anunciados, pero que no llegaron a ver la luz.

(3) La crítica contra este hecho histórico se encuentra fundamentalmente en un pequeño libro de 52 páginas, publicado al efecto: *¡Sursum corda! Apuntes para la historia crítica de la revolución de setiembre* (Madrid, Tip. Mateo Sanz y Gómez, 1870).

(4) A él dedicaría más tarde los *Ripios vulgares*, con estas esclarecedoras palabras: «A la memoria del castizo escritor leonés D. Leopoldo Alas (Clarín), su afectísimo amigo Antonio de Valbuena». En cuanto al título de «leonés», posiblemente se lo aplique (y así lo hace paisano suyo) porque el autor de *La Regenta* había nacido en la ciudad de Zamora, perteneciente al antiguo reino de León. Valbuena, como más adelante veremos, no consentía que a estas provincias se las llamara castellanas.

(5) Aparecidos, en muchos casos, primeramente en la prensa, luego fueron recogidos y ampliados en forma de libro, con un éxito extraordinario, como lo revelan las sucesivas ediciones.

Sintió especial predilección por los autores del momento, particularmente los académicos, con quienes se ensañó en *Fe de erratas del Diccionario de la Academia* (4 vols., 1887-1896), uno de sus libros preferidos y del que tenía preparado un V volumen, según se anuncia en la contracubierta de otros libros del autor. Fueron célebres sus críticas a autores tan ilustres como Menéndez Pelayo, Valera, Galdós, Pardo Bazán, Núñez de Arce, Unamuno, J. Casares...; o los hispanoamericanos Rubén Darío, Gutiérrez Nájera... Aunque también no hay que olvidar que contó con la amistad de otros famosos escritores, como Zorrilla, Clarín o Rodríguez Marín, según atestiguan algunas cartas que se conservan, a los que hay que unir a Emilio Castelar.

Publicó también diversas obras narrativas, amén de otros libros de temática variada, en cuyo análisis no voy a entrar ahora. Simplemente concluiré esta noticia bio-bibliográfica reseñando que, fiel a su trayectoria ideológica y firme hasta el final en sus convicciones, pasó los últimos años de su vida, con algunas estrecheces económicas, en el pueblo que lo había visto nacer, donde murió el 13 de marzo de 1929.

Sí quisiera resaltar, por lo que atañe al tema que ahora nos ocupa, la relación de Valbuena con la Sociedad Geográfica de Madrid. Baste citar su amistad con Antonio Andía, que fue vicepresidente de esta institución, o el hecho de que en ella pronunciara, el día 13 de junio de 1893, una conferencia «Sobre el origen del río Esla», cuyo texto publicó dicha Sociedad en su *Boletín* de 1901 y en una edición aparte, sirviéndose, para ésta, de la imprenta del Depósito de la Guerra, organismo al que, curiosamente, luego el leonés atacaría sin concesiones –como más adelante se verá– en uno de los apartados de los *Ripios geográficos*.

II. LOS RIPIOS GEOGRÁFICOS

Este libro constituye el último conjunto de «Ripios» publicado por el autor y, quizá por ello, el único que se quedó en una sola edición, si bien el hecho de que Valbuena se moviera en ambientes literarios y periodísticos pudo influir en la mayor repercusión de los restantes de la serie, donde arreciaron las críticas contra escritores, algunos de los cuales no rehuyeron la polémica, originando con ello el morbo suficiente como para garantizar el éxito editorial.

Siguiendo, pues, el texto de la edición de 1905, comenzaré indicando que el libro consta de seis capítulos generales, de los cuales los cinco primeros están dedicados a sendos organismos oficiales (Instituto Geográfico y Estadístico, Depósito de la Guerra, Observatorio Astronómico, Dirección de Obras Públicas y Dirección de Correos), en tanto que el sexto, bajo el rótulo de «Particulares», trata de aspectos más concretos, agrupados en ocho apartados, todos ellos relacionados con el tema general de la obra.

La intención del autor queda de manifiesto en una especie de prólogo (págs. 7-9), donde se resume, en cierta forma, el contenido del libro, ofreciéndonos un anticipo de las páginas siguientes en el más puro estilo valbuenesco. Veamos, a título de ejemplo, las palabras con que se refiere a las dos primeras instituciones citadas, a las que dedicará más de la mitad de la obra. Comienzan los *ripios geográficos* de esta guisa:

«El primero y principal es el Instituto...

Hablo del Instituto Geográfico, por supuesto.

El cual, á pesar de llamarse *geográfico* y de sostenerle lujosamente en ese concepto el país, en cuanto se mete a geografía no da pie con bola.

Verdad es que lo mismo le suele pasar cuando se mete a estadística, y también se llama *estadístico*.

De suerte que, no valiendo ni para la geografía, ni para la estadística, ni para ninguna otra cosa, y costándonos además muchísimo dinero, nos resulta un ripio muy caro y muy... ripio». (pág. 7) (6).

Y no será más benevolente con el otro organismo oficial:

«El segundo es el Depósito de la Guerra.

Que, aunque no se llama *geográfico*, también nos cuesta mucho dinero y también se dedica á la geografía, sin que lo haga mejor que el Instituto.

Aunque tampoco lo hace peor, ciertamente... quizá porque no cabe, sino que allá se van los dos». (págs. 7-8).

Y apostilla:

«Así es que si el Instituto, es un suponer, se llamara Pedro, y el Depósito de la Guerra se llamara Juan, nunca mejor ni con más propiedad

(6) Todas las citas de la obra de Valbuena se harán, lógicamente, por la única edición existente (Madrid, 1905). El texto se reproducirá con toda fidelidad, a pesar de que la ortografía de algunas palabras (particularmente en lo concerniente a su acentuación) no coincide con la normativa académica actual.

se podría decir aquello de que «tan bueno es Juan como Pedro», ó lo de «tan bueno es Pedro como sus compañeros».

Y van dos... ripios» (pág. 8).

En tono similar nos adelanta su opinión sobre los cuatro organismos públicos restantes, para concluir esta introducción así:

«Estos son nuestros más importantes Centros oficiales que se rozan con la geografía y que, siendo en sí verdaderos ripios, son á la vez fábrica de ripios geográficos.

Además hay otros muchos establecimientos semejantes y otros muchos ripios geográficos, oficiales y particulares, como irá viendo el que leyere» (pág. 9).

Vamos, pues, a repasar el contenido del libro, siguiendo los seis capítulos en que se divide, no con ánimo de ser exhaustivos (resulta imposible entrar en todos los detalles desgranados a lo largo de sus 334 páginas), sino simplemente de resaltar y comentar aquellos aspectos que me han parecido más relevantes o más relacionados con el tema que ha motivado la presente publicación.

a) El Instituto Geográfico y Estadístico

Conforman este capítulo seis apartados numerados, que llevan fecha de 1889, y dos más de 1905. En efecto, los del grupo primero habían aparecido ya en tres números de la revista mensual madrileña *La España Moderna* correspondientes al mencionado año, si bien, como solía ser práctica habitual en otros libros suyos, los recoge de nuevo, haciendo añadidos y modificaciones sobre el texto primitivo (7). Diferente es el caso de los otros dos, cuya fecha (1905) nos indica que fueron redactados expresamente para el libro que comentamos.

(7) I: «Lo que cuesta» y II: «Lo que vale», *La España Moderna*, Año I, núm. IX, septiembre 1889, págs. 99-118; III: «Su último libro», Id., Año I, núm. X, octubre, 1889, págs. 129-153; IV: «El mapa», V: «Adiciones» y VI: «Corolario», Id., Año I, núm. XI, noviembre, págs. 139-154. El apartado I coincide con el I de los *Ripios* («Lo que cuesta», págs. 13-24); el II, salvo algunas modificaciones del final, con el II del libro («Lo que vale», págs. 25-42); el III corresponde al IV de los *Ripios* («El libro gordo», págs. 49-105), aunque aquí lo amplía notablemente; el IV es el V del libro («El mapa del general», págs. 107-119); el V incluye aspectos que desarrolla ahora en el III («El nomenclátor», págs. 43-48), y el VI lo recoge en el VI de los *Ripios* («Corolario», págs. 121-122), si bien rehace los párrafos finales.

Como ya se desprende de las palabras introductorias, antes referidas, queda claro que este organismo era el centro de atención prioritaria por parte de Valbuena. A él va a dedicar el primer capítulo de su libro, que es, además, el más extenso (págs. 13-122). Y cabría deducir, por lo apuntado, que el trabajo aparecido en *La España Moderna* supuso el origen que dio lugar a los *Ripios geográficos*.

Partiendo de los presupuestos del año 1888, en que se asigna al Instituto la cantidad de 2.890.243 ptas., de las que más de la mitad va destinada a «Personal», denuncia el doble sueldo que supone para las personas que trabajan en él, centrandó su crítica en el director, el general D. Carlos Ibáñez e Ibáñez de Ibero, cargo «inamovible» del Instituto, que es, por ende, el más beneficiado de la situación. Contra él descarga todas sus iras, acusándolo, incluso, de haber recibido tratos de favor en los ascensos de su carrera militar. Y no se retrae al agregar que, si bien es cierto que a dicho director le alaban en revistas extranjeras, es como pago por los muchos favores que él hace mediante compras de material. *Nihil novum sub sole*, que diría el clásico, podríamos apostillar nosotros.

Y a la hora de pedir responsabilidades, su crítica no sólo apunta al general-director, sino también más arriba. Véase en estas palabras, que hasta pudieran parecer sacadas de algún periódico de fecha bien reciente:

«Porque, en efecto, el general Ibáñez, en pago de sus alabanzas, les compra instrumentos caros, que luego, á lo mejor, resultan inservibles; pero de esto no tiene toda la culpa el general, sino que le corresponde parte al Gobierno, por no nombrar una comisión que reconozca los instrumentos antes de pagarlos». (pág. 17).

Considera, igualmente, que se produce un auténtico despilfarro en la adquisición de material, así como en los emolumentos que perciben amigos del general que trabajan con él en dicha institución, lo que intenta demostrar con datos concretos y pormenorizados.

A este primer apartado, titulado «Lo que cuesta» (págs. 11-24), sigue otro del mismo tenor, «Lo que vale» (págs. 25-42), donde vuelve a la carga sobre la práctica de favoritismos del Instituto, con su director a la cabeza, que paga a periodistas para que hablen bien de él.

Las tareas del Instituto, desde su creación en septiembre de 1870, no han mejorado, en opinión de Valbuena, con respecto a las que anteriormente llevaba a cabo la Junta de Estadística, y, sin embargo, el presupuesto ha ido

incrementándose cada año de forma notable. Tal empeoramiento de la situación lo pone de manifiesto con estas palabras:

«Debo advertir que los resultados de los censos de 1875 y 1860, hechos por la Junta de Estadística con muy poco personal fijo y sin precedentes desde el año de 1826, fueron conocidos del público á los quince meses; mientras que el resultado del de 1877, hecho por el Instituto Geográfico con abundancia de personal y sobra de recursos, como que costó al Estado y á las provincias veinte millones de reales, no fue conocido hasta 1883, es decir, á los cinco años, y del de 1887 (8) aún no se conoce ni un avance» (pág. 41).

Después de esta crítica general al Instituto y a su director, insistiendo en el aspecto económico, pasa Valbuena a centrarse en algunos trabajos concretos, como el *Nuevo Nomenclátor de las ciudades, villas, lugares y aldeas de las cuarenta y nueve provincias de España*, publicado en 1876 por dicho organismo, y al que dedica el apartado tercero (págs. 43-48).

De él afirma que «en todas las *cuarenta y nueve provincias* faltan varios nombres de pueblos, y en algunas faltan casi todos, á lo menos la mayor parte» (pág. 43), extremos que explicita con varios ejemplos de Asturias y Galicia. Señala, entre otros, el caso de un pueblo asturiano que no figura en él y sí, en cambio, en el *Anuario* que publica la casa editorial de Bailly-Baillièrre, «sin grandes pretensiones y sin subvención del Estado, á quien cuesta el Instituto un montón de millones» (págs. 45-46).

No andaba muy desencaminado nuestro autor en este punto, ya que este *Nomenclátor* de 1876 no había mejorado, antes al contrario, el anterior (de 1860), según han puesto de relieve mucho después, con la ventaja que siempre ofrece contemplar un horizonte temporal más amplio, algunos expertos en el tema (9).

(8) Debe recordarse que España adoptó como norma en el siglo pasado realizar censos en los años terminados en siete, lo que no se cumpliría en 1897, como consecuencia de haberse recibido, en 1895, la sugerencia de la Oficina Federal Estadística de Suiza en el sentido de elaborar un censo de la población para el año 1900. Puede consultarse, a este respecto, el discurso de ingreso del académico de la Historia Amando Melón y Ruiz de Gordejuela, pronunciado el 19 de octubre de 1958, *Los modernos nomenclatores de España (1857-1950)*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1958, pág. 57.

(9) Cfr. Amando Melón y Ruiz de Gordejuela, ob. cit., págs. 48-51.

La otra publicación a la que se hace alusión es *El aparato del general Ibáñez*, de Rafael Álvarez Sereix, oportunamente anunciado –son palabras de Valbuena– por los periódicos «devotos del Instituto». Y añade:

«Pues bien: este folleto ha sido lujosamente impreso por cuenta del Instituto Geográfico; la lujosa impresión de este folleto ha costado al Instituto Geográfico ó, hablando con más propiedad, al país, DIEZ Y SEIS MIL DUROS, y el folleto dicen que se vende, pero como no hay quien lo compre, se regala, sin que en el Instituto haya ingresado nada como producto de la venta.

¡Así se gasta el dinero de los infelices contribuyentes en satisfacer dos vanidades: la del inventor del aparato y la del autor de la obra!» (págs. 47-48).

Es de resaltar la insistencia de Valbuena en hablar de «folleto», término que, por lo que he podido averiguar, resulta a todas luces tan malévolo como inadecuado. Porque supongo, salvo que haya errado en mis pesquisas, que se trata del conjunto de «Noticias compiladas» por Rafael Álvarez Sereix y José Bellón de Arcos *Aparato de Ibáñez para medir bases geodésicas* (Madrid, Imprenta de la Dirección General del Instituto Geográfico y Estadístico, 1889), un libro en formato grande y con más de centenar y medio de páginas.

Se aprecia, en consecuencia, la inquina del autor de los ripios contra el general Ibáñez, al que acompaña en esta ocasión Álvarez Sereix, quien no se escapará de los puyazos en el apartado siguiente, el más extenso del capítulo (ocupa las págs. 49-105) y que lleva este irónico título: El «Libro gordo».

Se refiere, en concreto, a la *Reseña geográfica y estadística de España*, obra que, apenas había salido a la luz en la primavera de 1888, «todos los que entre nosotros se dedican á cultivar el aplauso retribuido rompieron á alabarla desaforadamente» (pág. 50).

Esta vez la crítica será compartida por todos los que intervinieron en su confección. Y para que no hubiera dudas sobre los destinatarios, Valbuena se apoya en varios párrafos del «prólogo inmodesto» del general Ibáñez, en uno de los cuales aparecen sus colaboradores en este empeño: los ingenieros y geodestas Juan Bisso, Victoriano Deleito y el ya citado Rafael Álvarez Sereix.

Las 1.392 páginas de este «libro gordo» (10), según afirma que era conocido, dan pie a nuestro autor para explayarse en señalar los múltiples errores que tiene de todo tipo, tanto por equivocación como por omisión: en demarcaciones de límites, en nombres de pueblos, en montañas y ríos, en climatología, etc. Son muchos y muy variados los casos aducidos, que corresponden en un alto porcentaje, como es lógico, a la zona norte de España, la mejor conocida por él.

Aunque no es de los más significativos, puede servirnos esta vez de ejemplo, por su cercanía, la siguiente referencia jiennense (y andaluza):

«...se habla en la página 51 de una formación miocena que «empieza en los términos de Villacarrillo y Cazorla, y sigue al Este por Baeza, Linares, La Carolina, Andújar, Jaén..., Montoro..., Córdoba..., Carmona», etc. Donde, evidentemente, el *Este* debe ser el *otro*, es decir, el *Oeste*; porque seguir al Este desde Villacarrillo y Cazorla, y llegar á Córdoba y á Carmona, sólo se puede hacer dando la vuelta al mundo» (pág. 60).

Cualquiera podría argüir que se trata de una simple errata. Y así parece entenderlo también Valbuena, quien, sin embargo, se adelanta a precisar:

«Se dirá, quizá, que todos estos disparates y otros muchos que por amor á la brevedad paso en silencio, son erratas de imprenta; porque ya se sabe que los pobres cajistas están obligados á cargar con todos los desatinos de todos los que escriben de lo que no entienden.

Pero no vale la disculpa: en primer lugar, porque en libros de esta índole no debe, no puede haber erratas; porque una sola cifra numérica equivocada [...] hace ya el libro inútil del todo; y en segundo lugar, no es admisible la disculpa de las erratas, porque al fin del libro hay una fe de erratas, donde se salvan siete, sin que entre ellas se encuentre ninguno de los disparates que dejo anotados; prueba evidente de que son producto de la ignorancia ó de la desidia de los autores, y no de equivocación de los cajistas» (págs. 60-61).

No ha terminado todavía con el director del Instituto, ya que el apartado quinto (págs. 107-119) está dedicado a «El mapa del general», publicado bajo este rótulo: *Mapa de España formado por el Excmo. Señor Mariscal de campo D. Carlos Ibáñez é Ibáñez de Ibero, con motivo de la*

(10) Consta de tres paginaciones distintas (XXIV, 262 y 1116=1392), según detalla Valbuena (pág. 50).

división del territorio en zonas militares para situar las reservas y depósitos del ejército. Publícase en el año de 1884. Escala de 1:1.500.000.

En este caso, aparte de señalar que no marca las zonas militares, aspecto básico y fundamental, Valbuena lo acusa de servirse de otros trabajos anteriores, de lo cual se deriva que sólo están bien ahora aquellas provincias que ya contaban con buenos mapas. Pero hay más, puesto que esta circunstancia llevará luego a situaciones un tanto paradójicas. Así lo expone:

«Y sucede que mientras algunas provincias, como la de Jaén, que tiene relativamente pocos pueblos, aparecen negras en el mapa del general, empedradas de puntos y de nombres, otras provincias que tienen muchísimos pueblos, como la de León, aparecen blancas como un desierto africano. Todo porque en Jaén ha podido el general poner todos los pueblos sirviéndose de los estudios del cuerpo de topógrafos, mientras que en León, como no tenía estudios hechos ni otro mapa bueno de donde copiar, no ha acertado á poner más que el 9 por ciento de los pueblos que tiene la provincia, ó sean *ciento treinta y ocho*, de unos mil quinientos de que consta. Es decir, no ha puesto más que esos *ciento treinta y ocho*; porque acertar, tampoco ha acertado á ponerlos, sino que los ha puesto casi todos fuera de su sitio» (págs. 110-111).

Y sigue una larga nómina de errores observados en su provincia natal leonesa, a los que se unen otros muchos de provincias norteñas, muy conocidas también por Valbuena: Palencia, Valladolid, Oviedo y Vascongadas.

La consecuencia de todo lo expuesto en estos cinco apartados es fácilmente previsible y así lo expone en el «Corolario» (págs. 121-122): «la necesidad de suprimir el Instituto Geográfico, ó por lo menos de fundirle como una campana, de modo que no solamente parezca nuevo, sino que de verdad lo sea». Y ¿cómo no?, ver con buenos ojos el hecho de que el ministro de Fomento «ha exigido la dimisión al general Ibáñez, para admitírsela sobre la marcha». Hasta estos extremos llega el autor de los ripios, sin reparar en circunstancias personales, porque lo cierto es que el director del Instituto Geográfico estaba ya muy mermado de salud, tanto es así que poco más de un año después (concretamente el 21 de enero de 1891) fallecería.

En 1905, a la hora de dar forma al libro de los *Ripios geográficos*, agregaría dos apartados complementarios de los anteriores: «Lo que cuesta

el Instituto ahora» (págs. 123-130) y «Lo que vale ahora el Instituto» (págs. 131-144).

En el primero destaca que el Instituto, dieciséis años después, «sigue casi igual» y que «salvo la desaparición del general, á quien poco después llamó Dios á juicio —obsérvese la carga significativa del circunloquio—, todo quedó como antes y todo poco más ó menos» (pág. 124). El presupuesto había descendido sensiblemente (en concreto, de los 2.890.243 de 1888 se pasa a 1.711.918 en 1904), pero la rebaja afectaba fundamentalmente a la partida de «material», no a la de «personal», donde nos encontramos con las retribuciones a 95 ingenieros y 176 topógrafos, que, a juicio de Valbuena, podría reducirse perfectamente a 10 y 60, respectivamente.

Y no desaprovecha la ocasión para traer a colación, en una nota a pie de página, la opinión que el trabajo publicado en *La España Moderna* había merecido a un destacado hispanista, Alfredo Morel-Fatio, del que reproduce un párrafo que traduce así: «El que quiera saber lo que es un desreñonamiento español, puede saborear el artículo de Valbuena sobre el Instituto del general Ibáñez» (11).

Por lo que respecta al segundo, nuestro autor afirma que el Instituto no ha hecho nada importante desde entonces: ni «Reseñas» ni «Mapas». Lo único ha sido sacar el *Nomenclátor de las ciudades, villas, lugares, aldeas y demás entidades de población de España en 1.º de Enero de 1888*, publicado en 1893, que, lejos de mejorar el de 1876, «es algo más defectuoso». Y a éste seguirá el *Nomenclátor... de 1900*, en el que se han introducido distintas novedades, alguna de las cuales no duda en calificar como «pueril y ridícula» (pág. 138), sin que falten los errores, de los que ofrece una larga lista relativa a la provincia de León.

No parece, sin embargo, que la opinión de Valbuena sobre estos dos trabajos, aun contando con los deficiencias denunciadas por él, sea muy acertada; al menos en sentido general, según se desprende de la valoración del ya mencionado académico Melón y Ruiz de Gordejuela, quien asegura que el de 1888 se convirtió en modelo para la serie de los que le siguen hasta 1940, juicio positivo que también hace extensivo al de 1900 (12).

(11) Cfr. nota 1, pág. 124. La cita de Morel-Fatio, según explicita Valbuena, corresponde a la *Revue Critique Hispanique d'Histoire et de Literature* (sic) del 16 de noviembre de 1889.

(12) Ob. cit., «Nomenclátor de 1888» (págs. 52-57) y «Nomenclátor de 1900» (páginas 58-63).

B) El Depósito de la Guerra

La elaboración de este capítulo es similar a la del anterior. En el primero de sus cuatro apartados reproduce, con idéntico título y leves variantes de redacción y puntuación de los párrafos, un trabajo que ya había publicado en *La España Moderna* (13). Por otra parte, el tercero recoge, con ligeros retoques, otro artículo aparecido tres años después del anterior en el periódico madrileño *El Imparcial* (14).

Para el primer apartado («¡Fíense ustedes de mapas!», págs. 147-163) toma Valbuena como pretexto el anuncio de la publicación, por parte del Depósito de la Guerra, de un mapa de la isla de Cuba, que no se decide a comprar, basado en la triste experiencia del «Mapa itinerario del distrito militar de Castilla la Vieja», repleto de errores; circunstancia que le lleva a esta reflexión:

«Si el mapa de la isla de Cuba –me dije– es como éste, y desgraciadamente no hay motivos para suponer que sea mejor, lástima me da de los que le usen» (pág. 148).

De Cuba poco podía hablar Valbuena, pero sí de Castilla la Vieja, por lo que es en este mapa militar donde se va a concentrar la crítica, comenzando por su propio nombre, ya que en su mayor parte engloba todo lo que es el antiguo reino de León, si bien la responsabilidad de este fallo de denominación la achaca más bien al Ministerio de la Guerra (15). Pero con independencia de esta cuestión, los errores pululan por doquier y el autor los va enumerando con gracioso ingenio, recurriendo al ejemplo hipotético de un guardia civil que, con la ayuda de este mapa militar, hiciera por ferrocarril el viaje Madrid-Ávila-Valladolid-León en busca de un nuevo destino. Este supuesto viajero no hubiera ganado para sustos y equivocaciones. En definitiva, como concluye su análisis, «mejor que tener un mapa malo es no tener ninguno».

El segundo apartado, «Los mapas militares (Para rectificar)» (págs. 165-171), hace referencia a hechos derivados de la publicación del artículo

(13) «¡Fíense ustedes de mapas!», *La España Moderna*, Año 8, núm. 88, abril 1896, págs. 101-111.

(14) «El Depósito de la Guerra (A D. Eduardo Cobián, en el Senado)», *El Imparcial*, 24 de julio de 1899, pág. 1.

(15) Se trata de una vieja polémica que todavía hoy perdura. Son muchos los leoneses (y también zamoranos y salmantinos) que se sienten ofendidos cuando se les considera como «castellanos». Por supuesto, Valbuena nunca compartió la inclusión de León en Castilla.

anterior. El diputado Sr. Llorens se había servido de él para una interpelación al ministro de la Guerra, Marcelo Azcárraga. Éste ofreció una contestación que, a juicio de nuestro autor, contenía datos que no se ajustaban a la realidad. Así pues, como Valbuena se había visto implicado en este asunto, ante la imposibilidad de contestar al ministro en el parlamento, se dirige al mencionado diputado sugiriéndole los argumentos en que podía fundamentar su réplica. Y apostilla en nota final que el «buen mapa itinerario de España» prometido por el Sr. Azcárraga en la citada intervención, después de nueve años, seguía sin aparecer.

El contexto del apartado tercero, «Insistiendo» (págs. 173-177), es también político. El presupuesto del Depósito de la Guerra, después de ser debatido en el Congreso, ha pasado al Senado, donde, según ha informado la prensa, está prevista la intervención del ministro del ramo y el posible turno en contra de un senador de la oposición, que resultará ser conocido de Valbuena.

Tras relatarnos estos pormenores, reproduce el texto de la carta que dirigió al referido senador, recomendándole los puntos que debía tocar en el debate. Como cabía esperar, los argumentos son los de siempre: lo mucho que cuesta este organismo y la escasa calidad de los trabajos (entiéndase mapas) que viene elaborando.

Al paso de las críticas de Valbuena había salido el coronel Manuel Benítez, jefe del Depósito de la Guerra, asunto que constituye el tema del apartado cuarto, «Todavía son malos» (págs. 179-187).

Al coronel Benítez responderá nuestro autor, quien a lo largo de ocho puntos va rebatiendo sendas afirmaciones textuales sacadas de la contestación del jefe del Depósito de la Guerra. Paso a ofrecer el 6.º, no porque sea el más importante, sino porque en él sale a relucir el jiennense Coello, a quien, por cierto, trata con todo respeto y admiración:

«Las cartas generales por provincias del difunto coronel Coello... su exactitud es también relativa». Es verdad; pero son algo mejores que los mapas del Depósito; y aunque no lo fueran, tampoco el coronel Coello era un centro con numeroso personal bien retribuido, como es el Depósito, sino un solo hombre inteligente y trabajador, ni recibía subvención del Estado para hacer mapas» (pág. 184).

C) El Observatorio Astronómico de Madrid

En este repaso crítico a los trabajos cartográficos realizados por organismos oficiales toca ahora el turno al Observatorio Astronómico (págs. 189-211), del que comienza afirmando que «también parece que quiere hacer competencia al Depósito de la Guerra y al Instituto Geográfico en lo de componer y publicar malos mapas».

Dicho Observatorio, con motivo de un eclipse total de sol que estaba previsto, había publicado una «Memoria», a la que acompañaban unos mapas indicadores de la zona que iba a resultar afectada. Pues bien, tales mapas, con independencia de que sólo señalaban las capitales de provincia y cabezas de partido, seguían conteniendo parecidos errores a los de otros mapas ya comentados, ya que se habían limitado a copiarlos. Y nuevamente será la provincia de León la que le sirva a Valbuena para poner en evidencia la situación incorrecta de algunos pueblos, cambios de nombre de poblaciones, equivocaciones con los ríos, etc., extendiéndose de forma particular en lo relativo al río Esla, tema que había desarrollado ampliamente en una conferencia pronunciada en la Sociedad Geográfica y cuyo texto se había dado a conocer en el *Boletín* de esta institución y en una edición aparte (16). Pues bien, mientras otros expertos extranjeros aceptaron de buen grado las correcciones sobre este caso y otros similares denunciados por él (reproduce algunos párrafos de las cartas recibidas) con vistas a futuras publicaciones, los del Observatorio no se habían dado por enterados.

Apunta también algunos errores más en otras zonas de España y concluye pidiendo responsabilidades, ya que se trata, una vez más, de la mala utilización del dinero público:

«¿Qué le parece de todo esto al actual Ministro de Instrucción Pública? ¿No le parece que es una tontería ese clamoreo de los periódicos porque se aumente el presupuesto de ese ramo? ¿Qué ganará la instrucción en España con aumentar los sueldos á malandados que no quieren trabajar, ó á adoquines que, aunque quieran, no pueden?»

(16) «Sobre el origen del río. Conferencia dada en la Sociedad Geográfica de Madrid el día 13 de junio de 1893 por...», *Boletín de la Real Sociedad Geográfica*, XLIII, 1901, págs. 62-111. La propia Sociedad Geográfica sacó una edición independiente (Madrid, Imprenta del Depósito de la Guerra, 1901; 52 págs. + 1 mapa). Son éstas las dos publicaciones a las que alude Valbuena en el presente libro. No obstante, debo señalar que el texto sería reproducido unos meses después en el periódico *Mensajero Leonés* (desde el 21 de noviembre al 13 de diciembre de 1905).

Lo importante para mejorar y aumentar la instrucción sería destituir á cualquier funcionario, y suprimir cualquier Centro, que de dos pueblos situados á la orilla de un río, llamen de arriba al que está más lejos, y de abajo al que está más cerca del nacimiento del agua» (pág. 211).

D) La Dirección General de Obras Públicas

Si malo era el mapa del Observatorio, peor es –nos dice– el de la Dirección General de Obras Públicas, que cada dos o tres años acostumbra a sacar a la luz una *Memoria*, *Anuario* o *Estadística* dando cuenta del estado de carreteras, ferrocarriles, canales, faros, etc.

En esta ocasión la crítica se centra en la publicación correspondiente a 1904: un libro titulado *Estadística de las Obras Públicas*, que lleva anexo un solo mapa para indicar, mediante tres colores, todos los elementos: pueblos, ferrocarriles, carreteras, faros, ríos, arroyos, canales, puertos y costas.

Además de la escasa calidad técnica en su conjunto, Valbuena hace notar, especialmente en la zona Norte de España, la falta de muchos pueblos, así como importantes errores en los ferrocarriles (tanto de trazado como de distancias entre estaciones), carreteras y ríos.

Estas circunstancias ya las habían apuntado algunos periódicos, con críticas expresas al director general de Obras Públicas (Manuel de Burgos). En uno de los rotativos se decía: «Todo esto es necesario que se rectifique en bien de todos y en servicio del Estado». Y a ello agrega Valbuena, como remate, estas palabras de desconfianza:

«Sí, necesario sí es; pero ¿se rectificará?

¿Continuará, por el contrario, destrozando tranquilamente la Geografía la Dirección General de Obras Públicas?

Ya lo veremos» (pág. 229).

E) La Dirección de Correos

Con este capítulo termina la nómina de organismos oficiales incluidos por nuestro autor entre los ripios geográficos.

La ironía aflora desde las primeras palabras:

«También esta Dirección hizo, tiempo atrás, al concluir el segundo tercio del pasado siglo, unos mapas de *correos* y *postas* que, á la verdad, no eran buenos del todo; pero como ya nadie se sirve de ellos, no hay apenas para qué censurarlos.

A más de que la especialidad de esta Dirección no son los mapas, sino los itinerarios escritos, ramo en el cual ha hecho cosas verdaderamente admirables.

Y además utilísimas... para que la correspondencia llegue á sus destinos lo más tarde posible... ó no llegue.

Allá va un ejemplo» (pág. 233).

El ejemplo en cuestión corresponde a Seseña (Toledo), población que se encuentra entre dos líneas férreas y, sin embargo, no recibe el correo por ninguna de ellas, sino por otra más lejana, la que pasa por la estación de Illescas, con el consiguiente retraso en la entrega del correo a sus destinatarios.

El segundo ejemplo aducido corresponde, una vez más, a la provincia natal del autor. Se trata, en concreto, de la falta de coordinación en los horarios de trenes de la línea Madrid-León-Gijón y la de La Robla-Valmaseda (17), circunstancia que produce serios perjuicios a los habitantes de muchos pueblos.

La situación se solucionó –nos indica Valbuena–, pero después de que él mismo escribiera una carta sobre el particular, difundida a través de las páginas del periódico madrileño *El Imparcial* en el verano de 1898 (18). En dicha carta, cuyo texto reproduce ahora (con algunas modificaciones en la puntuación de los párrafos y leves variantes), bajo el título de «Los Correos en León y Palencia. Al director del ramo», expone con todo lujo de detalles el problema y las posibles soluciones para cada caso concreto.

Y concluye este artículo de la siguiente manera:

«Al fin el Sr. Barroso, que era entonces el director, sacó los pies de las alforjas y reformó aquel itinerario disparatado.

Pero si no le hubiera puesto yo en *El Imparcial* las cosas tan claras, todavía estaríamos lo mismo.

(17) Valbuena vivió muy de cerca la construcción de esta vía férrea, de enorme interés para un buen número de pueblos de la zona nordeste de León. Unos años antes había asistido al acto de inauguración del primer tramo (La Robla-Boñar), asunto al que dedicó un artículo de prensa: «De la Robla a Boñar (Impresiones de un viaje)», publicado en *El Heraldo de Madrid*, sábado 23 de julio de 1892, pág. 1.

(18) «Los Correos en León y Palencia. Al director del ramo», *El Imparcial*, viernes 29 de julio de 1898, pág. 3.

Vamos a ver si ahora el señor duque de Bibona reforma también lo de Seseña.

Y lo de otros muchos Seseñas que hay por estos mundos» (pág. 244).

F) Particulares... Particularmente ripiosos

Así rotula Valbuena el capítulo final de su libro, distribuido en ocho apartados. Terminadas las críticas a distintos organismos oficiales, toca el turno a las dirigidas contra personas y entidades particulares, donde nuestro autor, como se verá, no hace distinciones: lo mismo ataca a un ilustre historiador que a un modesto maestro de escuela.

Abre este grupo «El mapa de Mingote» (págs. 247-260), artículo fechado en 1897, donde critica un mapa de la provincia de León publicado recientemente por el que entonces era catedrático de Geografía en el Instituto de la ciudad, Policarpo Mingote (19). La lista de deficiencias y errores, minuciosamente reseñados por Valbuena, es amplísima: señala carreteras inexistentes, equivoca datos en otras, no indica montes, faltan pueblos, etc.

Pero lo más llamativo de este artículo son los ataques personales que encontramos en el texto. Porque ya no es que censure dicho mapa y, como preámbulo, deje caer descalificaciones sobre otras obras del referido profesor, «antiguo autor –nos dice– de un mediano tratado elemental de dicha asignatura y autor no menos antiguo de otro librejo titulado *Guía de León* (20), que como *guía* deja bastante que desear...» (pág. 247), sino que no le tiembla la mano a la hora de dedicarle esta tarjeta de presentación:

«Es el Sr. Mingote persona de regular ilustración y de laboriosidad más que regular; pero no suele tener en sus trabajos el don del acierto, pudiendo aplicársele aquello que se dice del jugador que no carece de habilidad y sin embargo no gana nunca; bien juega el de lo verde, pero pierde.

(19) Policarpo Mingote y Tarazona había nacido en la ciudad de Granada en 1847 y ejerció como catedrático de Geografía en los Institutos de León y Valladolid (Cfr. Enciclopedia «Espasa», T. 35, pág. 607).

(20) *Guía del viajero en León y su provincia*, León, Est. Tip. de Miñón / sucesor Máximo Alonso de Prado, 1879. Incluye un mapa plegable («Carta de la Provincia de León. Año 1880», Escala 1:750.000, Madrid, Imp. y Lit. de N. González), al que alude en otro momento Valbuena: «...puso al final [de la *Guía*] un mapa no mejor que el de ahora, copiado de otro que se conserva en la Diputación provincial, para ignominia de los que la componen» (págs. 255-256). Ahora bien, lo que Valbuena calla (aunque lo sabía) es que esta obra de Mingote había sido premiada por la Sociedad Económica de Amigos del País de León, según consta en acta, fechada en León el 18-1-1879, que se reproduce al comienzo del libro (págs. 5-6).

Verdad es que con los desaciertos de las obras geográficas del Sr. Mingote, no es él precisamente quien suele perder, sino la Geografía» (págs. 247-248).

Y si pensaba así en 1897, no variaría mucho su opinión ocho años después, a la hora de dar a la estampa el libro que comentamos, como puede apreciarse en esta nota que se permite agregar al final:

«El Sr. Mingote ha sido ascendido poco hace. En la lista de méritos consignados por el ministro en la Gaceta para justificar el ascenso se lee:

«Ha escrito seis obras de Geografía...», etc.

Una será la *Guía de León*; otra, el *Mapa...*

¡Dios mío! ¡A qué cosas llaman méritos los ministros algunas veces!» (Nota 1, pág. 260).

Aquí sí que resultan difícilmente aceptables, por injustas, las ironías del Valbuena. En este momento no estoy capacitado, por carecer de datos, para opinar sobre la profesionalidad de este catedrático del instituto leonés. Ahora bien, lo que es incuestionable es lo que ha dejado para la posteridad. Y basta acudir a las bibliotecas (yo he consultado, a este respecto, la Nacional de Madrid, la Regional y la Pública de León, así como el centro de datos del C.S.I.C.) para comprobar un legado bibliográfico más que notable: varios tratados de Geografía, Historia de España y Universal, Memorias, etc. (en su mayor parte salidos de la imprenta leonesa de Miñón), a los que habría que añadir, por lo que a León atañe, aparte de la *Guía* y el *Mapa* ya mencionados, la recopilación de biografías *Varones ilustres de la provincia de León* (1880), reeditada hace unos años (1978), y el estudio *La catedral de León* (1898) (21). No es mal bagaje para la etapa leonesa de este profesor, antes de cambiar su destino a Valladolid, donde en los primeros años del presente siglo continuó publicando nuevos títulos y reediciones de obras anteriores.

Pese a lo anterior, la animadversión de Valbuena hacia Mingote es manifiesta. Desconozco si protagonizaron algún incidente que exacerbara la relación. Por lo que aquí se deduce, el autor de los ripios, cuando menos, se sentía molesto por el hecho de que este catedrático de Geografía (no leonés) había hecho caso omiso de sus observaciones. Así se revela en este párrafo:

(21) No he conseguido localizar ningún ejemplar de esta obra, así citada en la Enciclopedia «Espasa» (T. 35, pág. 607). De aquí parece haber tomado la referencia Antonio Palau y Dulcet, quien agrega: «Cita no comprobada» (*Manual del Libro Hispano-Americano*, T. IX, Barcelona, Palau, 1956, núm. 170308, pág. 302).

«El Sr. Mingote no sabía estas cosas cuando empezó á escribir sobre geografía de León, y no es lo peor que no las supiese, con ser bastante malo; peor es todavía que después de habérselas yo enseñado no haya querido ó no haya podido aprenderlas». (pág. 255).

Un interés muy relativo tiene el segundo apartado, «¿Las “Jurdes”?» (págs. 261-272), puesto que no versa sobre cuestiones geográficas, sino más bien lingüísticas: el nombre que debe darse a esta región. Partiendo de la noticia recogida en varios periódicos sobre una conferencia en torno al tema pronunciada en la Sociedad Geográfica, defiende a capa y espada que debe decirse «Urdes» y no «Jurdes». En lo segundo sí tuvo éxito, pero no así en lo primero, ya que, aunque fonéticamente coincidente, el nombre con el que hoy se conoce a esta comarca situada al norte de la provincia de Cáceres, como es bien sabido, es el de «Hurdes».

Valbuena reproduce aquí, con algunas modificaciones, el artículo «¿Las Jurdes? (A la Sociedad Geográfica)», publicado en *El Heraldo de Madrid* (viernes 22 de enero de 1892, pág. 1). Sin embargo, no recoge ni menciona para nada (ignoro las razones) otro artículo suyo, complementario del anterior, aparecido en el mismo rotativo madrileño pocos días después (22).

Sigue, en tercer lugar, el titulado «Un Herrero que... yerra. Mansilla no es Lancia» (págs. 273-279), donde contradice algunas de las afirmaciones vertidas en un artículo aparecido en el *Mensajero Leonés*, firmado por un tal Herrero (de ahí el juego verbal del título de Valbuena), «lleno de errores y equivocaciones que no deben pasar sin correctivo». El fallo principal es el anunciado en el subtítulo: identificar Mansilla de las Mulas con la antigua ciudad romana de Lancia, hecho que deriva en otros datos históricos erróneos en torno a esta población leonesa.

Como muestra del tono empleado por nuestro autor, sirva el párrafo final:

«Crea el señor Herrero, que, según me informan, es un pobre hombre que hasta tiene el mal gusto de llamarse Marcelo, como Azcárraga (23), aunque no es general, sino maestro de escuela, cosa que siento por los dis-

(22) «Lo de las Urdes», *El Heraldo de Madrid*, miércoles 3 de febrero de 1892, pág. 1. Se trata de una contrarréplica, en el más típico estilo valbuenesco, al que él califica como «artículo», aparecido en el *El Clamor* bajo el título de «Jurdes, Hurdes o Urdes (a la Sociedad Geográfica lo mismo la da)» y con la enigmática firma de «R.», en contestación al suyo del día 22 de enero.

(23) Recuérdese que Marcelo Azcárraga, ministro de la Guerra, fue criticado por Valbuena en el apartado segundo del capítulo segundo del libro que ahora nos ocupa (Cfr. supra).

cíbulos... Crea el señor Herrero que no se engrandece con eso á los pueblos, sino que se les pone en ridículo» (págs. 278-279).

Muy similar es el contexto del trabajo cuarto, «Al revés me la vestí...» (págs. 281-288), en el que expone los errores geográficos contenidos en un artículo dado a conocer por el P. Fidel Fita (24), quien, al describir uno de los lugares objeto de su estudio, cita el mapa de la provincia de Palencia hecho por Francisco Coello.

Me interesa destacar, como es lógico, lo que afirma sobre el geógrafo jiennense, implicado en este asunto por la alusión del P. Fita. Comenzaba éste uno de los párrafos con estas palabras: «Abriendo el mapa de la provincia de Palencia trazado y publicado por el Sr. Coello, observamos que...». Valbuena considera innecesaria esta cita y agrega:

«Pero nada; no hay más remedio que abrir el mapa, si hemos de seguir al autor, que parece exigirlo como requisito esencial, y precisamente el mapa trazado y publicado por el Sr. Coello, que, dicho sea de pasada, no es muy exacto; pues aunque aquel inteligente y laborioso geógrafo hizo mapas muy buenos de varias provincias, el de Palencia no es de esta clase.

Lo cual tiene su explicación naturalísima, y es que, al revés de lo que sucede á algunas personas, y le sucedió especialmente al famoso herrero de Mazariegos, de quien dice el proverbio que á fuerza de machacar se le olvidó el oficio, el Sr. Coello iba aprendiendo el suyo cada vez mejor, y, por consiguiente, fue haciendo sus mapas cada vez más aproximados á la exactitud; así es que los últimos publicados son muy aceptables, mientras que los primeros no lo son tanto, y el de Palencia, que es de los más primeros, pues se publicó en 1852, es de los peores. Como que tiene errores garrafales; verbigracia, el de poner la famosa Peña de Espigüete dentro de la provincia de Palencia, algunos kilómetros distantes del límite con la de León, cuando está en el límite mismo y forma mojón divisorio; error que han copiado luego otros mapistas malos, como el general Ibáñez, de triste recordación geográfica (25).

(24) «Inscripciones visigóticas y suevicas de Dueñas, Baños de Cerrato, Vairaom, Baños de Bande y San Pedro de Rocas», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, XLI, 1902, diciembre, págs. 476-511 [Al final: Madrid, 14 de Noviembre de 1902. Fidel Fita]. Fidel Fita y Colomer (Arenys de Mar, 1835 / Madrid, 1917) es un famoso historiador jesuita que llegó a ser miembro y director de la Real Academia de la Historia (Cfr. Enciclopedia «Espasa», T. 23, págs. 1.605-1.606). Valbuena pudo conocerlo en León, en cuyo colegio fue profesor de Sagrada Escritura y lenguas orientales.

(25) Como ya hemos visto, el general Ibáñez es el centro de las críticas del capítulo primero (y más extenso) del presente libro de Valbuena.

Bueno: quedemos en que no lo es el mapa de la provincia de Palencia trazado y publicado por el Sr. Coello; quedemos asimismo en que es malo ponerse á describir terrenos que sólo se conocen por el mapa, y quedemos, por último, en que es todavía peor decir las cosas al revés de como las representa el mapa, cuando el mapa no yerra, que es lo que hace el P. Fita en el caso presente» (págs. 282-283).

¿Podemos juzgar como «error garrafal» el ejemplo aducido por Valbuena en el mapa de Palencia realizado por el geógrafo jiennense? En cualquier caso, obsérvense los calificativos elogiosos con los que se refiere a él, especialmente relevantes si tenemos en cuenta cómo se las gastaba el leonés con otros colegas de Coello.

En el apartado siguiente, «Los mapas de Bailly-Baillièrè» (págs. 289-304), señala los errores que contienen tres publicaciones de esta famosa casa editorial. Comienza Valbuena diciendo que en distintas ocasiones ha hecho «sinceros y justos elogios» de su *Anuario* (26), lo que le da derecho a «censurar con igual sinceridad otras obras de la misma casa, no tan recomendables, ni con mucho». Son las siguientes: el *Mapa de España y Portugal, con los últimos datos de carreteras, ferrocarriles y canales*, publicado hace dos años, con varios errores en las provincias de León y de Burgos; el *Atlas de las cinco partes del mundo, dividido en 28 mapas en dos colores, con mapas de los telégrafos, correos y ferrocarriles del mundo*, de la misma época, pero con datos de población bastante desfasados, y los *Mapas de las cuarenta y nueve provincias de España*, obra publicada a principios de 1904 y que lejos de ser más perfecta, «es mucho peor que las dos anteriores», como lo evidencian los muchos pueblos que faltan en provincias como las de Zamora, Palencia, Santander o Álava.

En sexto lugar, bajo el título de «Una ignorancia geográfica (La oriundez de Cervantes)» (págs. 305-315), rechaza la opinión, mantenida por algunos gallegos, de que la familia del autor del *Quijote* procedía de una comarca de Lugo. Es más, agrega, que el único pueblo de España que lleva el nombre de Cervantes se encuentra en el antiguo reino de León, diócesis de Astorga y provincia de Zamora, dato que concuerda con el inicio de la «Historia del cautivo», intercalada en la inmortal novela: «En un lugar de las montañas de León tuvo principio mi linaje...», lo que podría llevar a deducir, a juicio de nuestro autor, que «de ese lugar leonés proceda el apellido Cer-

(26) En efecto, así lo hace en el apartado tercero del capítulo primero (Cfr. supra).

vantes». Así lo exponía Valbuena en un artículo, en forma de carta dirigida a Cavia (27), publicado en *El Imparcial* (2 de abril de 1904) y aquí reproducido. No obstante, y de esto trata la segunda parte de este subcapítulo, en el mismo periódico replicó, desde Pontevedra, el ex-gobernador Celso García de la Riega (28) defendiendo la oriundez gallega de Cervantes, lo que Valbuena rechaza con nuevos argumentos.

Los dos apartados finales vienen a ser un anecdotario desenfadado y gracioso, a modo de guinda ripiosa que adorna este pastel geográfico.

En «¡Geografía por amor de Dios!» (págs. 317-323) ofrece un muestrario de deslices geográficos sacados de la prensa, muy chistosos algunos, pero que no dejan de ser meras erratas o desatinos producidos por una redacción apresurada y defectuosa.

Y del mismo tenor es el último apartado, «Desgranaduras» (págs. 325-334), en el que continúa la colección de disparates geográficos extraídos de algunos periódicos y un libro publicado por el catedrático de la Universidad de Valladolid D. Juan Ortega y Rubio (29), con fama de dar muchos suspensos y que, por méritos, ha conseguido el traslado a la Universidad Central. Pero, aunque se trate de pequeños detalles, Valbuena, nuevamente, no deja pasar la ocasión para denunciar, por ejemplo, que no está bien confundir el nombre del río que pasa por una población, que es incorrecto llamar *castellanas* a las provincias del antiguo reino de León o que no sólo hay en la provincia de Valladolid un pueblo que lleva el nombre de Rueda, puesto que existe otro homónimo en la de León.

Tampoco desaprovechará cualquier oportunidad que se le presente –venga más o menos a cuento– para redoblar su descarga contra objetivos habituales. Y así, al referirse despectivamente a periódicos de Salamanca (por

(27) Se trata del famoso periodista Mariano de Cavia (1855-1920), redactor de varios periódicos, entre ellos *El Imparcial*.

(28) Este historiador y político gallego (Pontevedra, 1844 / 1914) había sido gobernador de León en el período 1888-1891, etapa en la que quizá lo conociera Valbuena. Fue famosa (y polémica también) su teoría sobre el origen pontevedrés de Colón, expuesta en una conferencia pronunciada en 1898 en la Sociedad Geográfica de Madrid y publicada ese mismo año en el *Boletín* de dicha institución.

(29) El libro en cuestión es *Los pueblos de la provincia de Valladolid*, 2 tomos, Valladolid, Imprenta y Encuadernación del Hospicio Provincial, 1895. Del pueblo de Rueda, asunto al que alude la crítica de Valbuena, se habla en el T. I (págs. 271-276). Hace unos años se hizo una edición facsímil, en un solo volumen (Valladolid, Caja de Ahorros Provincial, 1979).

Bueno: quedemos en que no lo es el mapa de la provincia de Palencia trazado y publicado por el Sr. Coello; quedemos asimismo en que es malo ponerse á describir terrenos que sólo se conocen por el mapa, y quedemos, por último, en que es todavía peor decir las cosas al revés de como las representa el mapa, cuando el mapa no yerra, que es lo que hace el P. Fita en el caso presente» (págs. 282-283).

¿Podemos juzgar como «error garrafal» el ejemplo aducido por Valbuena en el mapa de Palencia realizado por el geógrafo jiennense? En cualquier caso, obsérvense los calificativos elogiosos con los que se refiere a él, especialmente relevantes si tenemos en cuenta cómo se las gastaba el leonés con otros colegas de Coello.

En el apartado siguiente, «Los mapas de Bailly-Baillièr» (págs. 289-304), señala los errores que contienen tres publicaciones de esta famosa casa editorial. Comienza Valbuena diciendo que en distintas ocasiones ha hecho «sinceros y justos elogios» de su *Anuario* (26), lo que le da derecho a «censurar con igual sinceridad otras obras de la misma casa, no tan recomendables, ni con mucho». Son las siguientes: el *Mapa de España y Portugal, con los últimos datos de carreteras, ferrocarriles y canales*, publicado hace dos años, con varios errores en las provincias de León y de Burgos; el *Atlas de las cinco partes del mundo, dividido en 28 mapas en dos colores, con mapas de los telégrafos, correos y ferrocarriles del mundo*, de la misma época, pero con datos de población bastante desfasados, y los *Mapas de las cuarenta y nueve provincias de España*, obra publicada a principios de 1904 y que lejos de ser más perfecta, «es mucho peor que las dos anteriores», como lo evidencian los muchos pueblos que faltan en provincias como las de Zamora, Palencia, Santander o Álava.

En sexto lugar, bajo el título de «Una ignorancia geográfica (La oriundez de Cervantes)» (págs. 305-315), rechaza la opinión, mantenida por algunos gallegos, de que la familia del autor del *Quijote* procedía de una comarca de Lugo. Es más, agrega, que el único pueblo de España que lleva el nombre de Cervantes se encuentra en el antiguo reino de León, diócesis de Astorga y provincia de Zamora, dato que concuerda con el inicio de la «Historia del cautivo», intercalada en la inmortal novela: «En un lugar de las montañas de León tuvo principio mi linaje...», lo que podría llevar a deducir, a juicio de nuestro autor, que «de ese lugar leonés proceda el apellido Cer-

(26) En efecto, así lo hace en el apartado tercero del capítulo primero (Cfr. supra).

vantes». Así lo exponía Valbuena en un artículo, en forma de carta dirigida a Cavia (27), publicado en *El Imparcial* (2 de abril de 1904) y aquí reproducido. No obstante, y de esto trata la segunda parte de este subcapítulo, en el mismo periódico replicó, desde Pontevedra, el ex-gobernador Celso García de la Riega (28) defendiendo la oriundez gallega de Cervantes, lo que Valbuena rechaza con nuevos argumentos.

Los dos apartados finales vienen a ser un anecdotario desenfadado y gracioso, a modo de guinda ripiosa que adorna este pastel geográfico.

En «¡Geografía por amor de Dios!» (págs. 317-323) ofrece un muestrario de deslices geográficos sacados de la prensa, muy chistosos algunos, pero que no dejan de ser meras erratas o desatinos producidos por una redacción apresurada y defectuosa.

Y del mismo tenor es el último apartado, «Desgranaduras» (págs. 325-334), en el que continúa la colección de disparates geográficos extraídos de algunos periódicos y un libro publicado por el catedrático de la Universidad de Valladolid D. Juan Ortega y Rubio (29), con fama de dar muchos suspensos y que, por méritos, ha conseguido el traslado a la Universidad Central. Pero, aunque se trate de pequeños detalles, Valbuena, nuevamente, no deja pasar la ocasión para denunciar, por ejemplo, que no está bien confundir el nombre del río que pasa por una población, que es incorrecto llamar *castellanas* a las provincias del antiguo reino de León o que no sólo hay en la provincia de Valladolid un pueblo que lleva el nombre de Rueda, puesto que existe otro homónimo en la de León.

Tampoco desaprovechará cualquier oportunidad que se le presente—venga más o menos a cuento— para redoblar su descarga contra objetivos habituales. Y así, al referirse despectivamente a periódicos de Salamanca (por

(27) Se trata del famoso periodista Mariano de Cavia (1855-1920), redactor de varios periódicos, entre ellos *El Imparcial*.

(28) Este historiador y político gallego (Pontevedra, 1844 / 1914) había sido gobernador de León en el período 1888-1891, etapa en la que quizá lo conociera Valbuena. Fue famosa (y polémica también) su teoría sobre el origen pontevedrés de Colón, expuesta en una conferencia pronunciada en 1898 en la Sociedad Geográfica de Madrid y publicada ese mismo año en el *Boletín* de dicha institución.

(29) El libro en cuestión es *Los pueblos de la provincia de Valladolid*, 2 tomos, Valladolid, Imprenta y Encuadernación del Hospicio Provincial, 1895. Del pueblo de Rueda, asunto al que alude la crítica de Valbuena, se habla en el T. I (págs. 271-276). Hace unos años se hizo una edición facsímil, en un solo volumen (Valladolid, Caja de Ahorros Provincial, 1979).

ignorar cuáles son en realidad las provincias castellanas), apostilla entre paréntesis: «que publican versos de Unamuno» (pág. 330). Efectivamente, el rector salmantino no fue santo de especial devoción para nuestro autor, que le obsequió con más de un varapalo. Ya con anterioridad, en este mismo libro, comentando un párrafo del libro gordo del Instituto Geográfico (Cfr. supra), le hace exclamar: «¡Qué sintaxis! ¡No lo haría peor Unamuno!» (pág. 100).

CONCLUSIÓN

No ha sido mi intención entrar en valoraciones detalladas sobre lo que de acertado o descabellado puedan tener estas opiniones de Valbuena sobre distintos trabajos geográficos, tanto de organismos oficiales como de personas particulares. Sin duda otros, más expertos en la materia (yo no lo soy), lo puedan hacer con mayor conocimiento de causa.

Ahora bien, sí me considero en condiciones de afirmar que el talante extremista y exagerado de este autor (nada sorprendente, conociendo el tono de su restante producción literaria) resulta, en líneas generales, bastante alejado de lo que hoy –y también entonces– se podría entenderse como razonable. Es más, llama poderosamente la atención que dirigiera tan furibundos ataques contra instituciones oficiales cuyos trabajos cartográficos supusieron, en opinión de los especialistas, un extraordinario avance con respecto a lo poco que hasta entonces se había hecho en nuestro país, a pesar de las lógicas limitaciones de todo comienzo de tarea. Bajo esta perspectiva, por consiguiente, parece que no queda muy bien parada la postura del escritor leonés, que no se arredraba ante nada y ante nadie.

Sin embargo, pienso que muchas de sus críticas resultaban bastante atinadas, aunque en ocasiones se entretenía en –lo que podríamos llamar– nimiedades y asuntos menores que no merecían tanto empeño. Los errores que contenían los mapas denunciados por Valbuena eran tan palmarios que apenas dejan duda sobre la oportunidad de la crítica. Y aquí cabría agregar que esto es un mérito incuestionable del leonés, persona no especialista en la materia, pero que, no obstante, sabía corregir la plana a los que sí lo eran y, además, tenían remunerada su tarea con dinero de las no muy boyantes arcas del Estado.

Y en este punto concreto, nada cabría objetar, sino todo lo contrario, a un español de los pies a la cabeza, como lo era Valbuena, que intentaba de-

fender, por todos los medios a su alcance, la buena utilización de los fondos públicos. Aunque no hay que olvidar su ideología política, que le hacía rechazar, ya de principio, cualquier tipo de actuación que a su juicio tuviera visos de inapropiada. Bajo esta perspectiva –creo– deben juzgarse estos y otros ripios, entendiéndolos y explicándolos en el contexto en que surgieron, no tan diferente, aunque a primera vista pudiera parecerlo, del momento presente. ¿O es que nuestros políticos actuales se expresan en términos más suaves, a la hora de referirse a los de otros partidos, en debates parlamentarios o en declaraciones a los medios informativos, por no hablar de los mítines, donde parece que todo está permitido? ¿Y qué decir de tantos columnistas, opinantes, tertulianos y demás especies, tan abundantes en el panorama periodístico de hoy, asiduos en improperios de todo jaez y consumados expertos, en muchas ocasiones, en el arte de barrer *pro domo sua*? ¡Ojalá algunos de éstos –no todos, por supuesto– tuvieran, al menos, el ingenio y facilidad de pluma de los que continuamente hacía gala Valbuena!

Más discutible, sin embargo, sería la postura del leonés cuando lanza su artillería pesada no contra instituciones oficiales, sino contra personas particulares, sin tener en cuenta su cargo o su fama. Quizá aquí su predisposición negativa le jugaba alguna que otra mala pasada. Aunque él sabía que los demás también podían devolverle la moneda, como así lo hicieron muchos.

En definitiva, y como amablemente le insinuaba en una carta su buen amigo Francisco Rodríguez Marín y más tarde opinaría Azorín, a Valbuena le fallaba, en muchas de sus críticas, no el fondo, sino la forma. Otra cosa sería entrar a juzgar si con otro tono y talante hubieran sido más efectivas, aspecto que entraría ya en el campo resbaladizo y poco efectivo de los futuribles.

Pienso, finalmente, que, en cualquier caso, el análisis de estos ripios geográficos constituye una buena vía de acercamiento, aunque sea desde una perspectiva muy personal y particular, para comprender mejor un aspecto importante de la España de hace un siglo. Y no quisiera dejar de referirme, para concluir, al personaje central de esta publicación-homenaje: el jiennense Francisco Coello. Resulta suficientemente significativo el hecho de que Valbuena, azote implacable –en la ocasión que nos ocupa– de geógrafos, no sólo no lo convirtiera en blanco de sus ataques, sino que en los momentos en que alude a él lo haga siempre con los mejores calificativos. Quede, por tanto, como constatación final del presente trabajo, este revelador detalle –uno más– en favor del personaje que ahora, con motivo del centenario de su muerte, tan justamente conmemoramos.